

Federico Aznar Fernández Montesinos

**VIOLENCIA ORGANIZADA Y
COMUNICACIÓN POLÍTICA.
EL CONFLICTO COMO NARRACIÓN**

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

VIOLENCIA ORGANIZADA Y COMUNICACIÓN POLÍTICA. **EL CONFLICTO COMO NARRACIÓN**

Resumen:

El terrorismo es, por muy ilegítima que resulte, una herramienta de la política escenificada mediante el derramamiento de sangre. A la contra la violencia forma parte del terrorismo, pero el terrorismo no es sólo violencia; de hecho, la violencia no es lo más importante del terrorismo, sino el discurso al que este sirve o cuya promoción busca. El centro de gravedad de la lucha contra la violencia se encuentra así en la narración a la que pertenece sin la cual los atentados pierden su sentido y dirección.

Abstract:

Terrorism is, however illegitimate it may be, a tool of politics staged by bloodshed. The violence is part of terrorism, but terrorism is not just violence, in fact, violence is not the most important of terrorism, but the speech that it serves or whose promotion is looking for. The center of gravity of the struggle against violence is thus in the narrative to which it belongs without which actions loses its meaning and direction.

Palabras clave:

Narración, discurso, terrorismo, guerra sucia.

Keywords:

Narrative, discourse, terrorism, dirty warfare.

Si los nombres son incorrectos, el discurso no es coherente. Si el lenguaje es incoherente, los asuntos no pueden resolverse... Por eso el hombre de bien solo usa los nombres cuando implican un discurso coherente, y solo discurre si lleva sus palabras a la práctica. Por eso el hombre de bien es prudente con lo que dice.”¹

Confucio

1. LENGUAJE Y VIOLENCIA.

Es una creencia comúnmente aceptada que la guerra pertenece en exclusiva al dios Marte; pero no es cierto, en el Panteón griego, todo está entremezclado, nada se asigna en exclusiva; y también pertenece a Atenea protectora de la democracia ateniense, diosa de la inteligencia, del lenguaje, del diálogo pero también de la guerra justa e inteligente. Y no es extraño que sea diosa de la guerra justa, porque la guerra es una forma de comunicación y la justicia está ligada a la palabra. La guerra es algo más que violencia son también palabras y lenguaje.

Así la correspondencia entre narrativa y sociedad se encuentra presente en todo el pensamiento confuciano toda vez que el lenguaje expresa la fuerza de las relaciones humanas y se vertebraba en torno a ella. Es más, la sociedad entera se estructura en torno a las palabras que mutan conforme lo hace esta. Por eso Confucio como primera actividad de gobierno proponía cambiar los nombres de las cosas, porque si estos no son correctos el resultado de cualquier acción está llamado a resultar profundamente equívoco.

En todo conflicto es absolutamente esencial aprehender su naturaleza, ser capaz de captar sus matices; y el lenguaje es una de sus claves. Sin este primer paso no cabe la posibilidad de resolverlo satisfactoriamente. El nombre que se dé a un conflicto, o mejor aun el que la comunidad acepte, resulta capital. Es siempre la primera cuestión; el descarrío de las palabras produce estragos.

Un conflicto, una guerra es siempre un diálogo con un suplemento de violencia. Y como en todo proceso de diálogo e intercambio es imprescindible la empatía y la alteridad; conocerse a uno mismo, conocer al otro, conocer el entorno, saber cuáles son los objetivos propios... Como bien nos recuerda Clausewitz: *“el acto primordial, el principal y más decisivo del juicio que ejercen el estadista y el general, es comprender rectamente la guerra que*

¹ YAÑEZ, Manuel. Confucio. EDIMAT Libros, Madrid 1998, p. 96.

emprenden, no tomándola por algo o desear convertirla en algo totalmente imposible por su propia naturaleza.”²

Y es que las narrativas no son neutrales, escogerlas adecuadamente permite partir de una posición de ventaja. Por ello, el lenguaje es uno de los primeros y principales terrenos de enfrentamiento; el lenguaje define el marco y fija las reglas con que se desarrolla el conflicto. Imponer el lenguaje, señalar las palabras que han de utilizarse, definir cuáles son importantes y apropiarse de ellas resulta capital. La legitimidad la otorgan las palabras. Cuando las palabras están en uso y han sido asignadas, resulta muy difícil cambiar el marco conceptual en el que se desarrolla el conflicto y la política queda lastrada.

Entre palabra y concepto no existe una correspondencia biunívoca, por lo que es siempre posible el deslizamiento de unos términos que pasa inadvertido a la opinión pública. O incluso cabe la posibilidad de presentar la misma idea de un modo diferente ante distintas opiniones públicas con la misma palabra, bien simultáneamente bien con el paso del tiempo. La polisemia y la indefinición pueden ser muy útiles. La clave se encuentra pues en domesticar la frontera, lo que se consigue haciendo que los conceptos sean de geometría variable.

2. TERRORISMO Y POLÍTICA.

El terrorismo es algo más que violencia, es como dijera Mao, política con derramamiento de sangre: la utilización de la violencia (o la amenaza de ella) en beneficio de un concreto proyecto político. Es más, sí la guerra es básicamente como se ha apuntado un acto de comunicación que incorpora un suplemento de violencia, el terrorismo es una actividad política que se escenifica mediante un cierto derramamiento de sangre.

El terrorismo es pues, por muy ilegítimo que resulte, una herramienta de la política. A la contra la violencia forma parte del terrorismo, pero el terrorismo no es sólo violencia; de hecho, la violencia no es lo más importante del terrorismo, aunque sea el elemento que lo

² CLAUSEWITZ, Carl Von. De la guerra T I. Ministerio de Defensa, 1999, p. 183.

deslegitime, sino el discurso al que este sirve o cuya promoción busca. En palabras de Sartre: *“La acción precede a la esperanza”*.

El terrorismo dosifica y modula la violencia atacando los nodos de la sociedad con vistas a su desestabilización y propiciar su transformación en base al imaginario que propone: *“El orden sale del caos y el caos es necesario para fundar un nuevo orden”*³.

Uno de los elementos fundamentales que incorpora el terrorismo, su eje es una estrategia mediática. El éxito se encuentra indefectiblemente ligado al desarrollo de una política igualmente mediática que oriente y coordine los planos estratégico y táctico. En palabras del propio Ben Laden: *“Es obvio que la guerra de la comunicación en este siglo es uno de los más poderosos métodos de combate; de hecho, su ratio puede alcanzar el 90% del total de la preparación para la batalla.”*

Y es que las primeras batallas no son violentas. Así el terrorismo es un combate expresivo, simbólico, una violencia con la que se pretende reclamar la legitimidad de una causa, erigirse en representante de la sociedad, poseedor de la verdad y vengador de sus agravios. Es una narrativa sangrienta que no destruye tanto como desacredita.

A todas luces no trata de ser resolutivo en tanto que no puede imponer por la fuerza su parecer, escenificando a través de una eficaz estrategia mediática un poder con el que en realidad no cuenta; sólo es viable cuando el grupo social en cuyo nombre actúa, el gobierno al que se enfrenta o su sociedad lo toman en consideración. Este hecho es un elemento crítico para el análisis y la respuesta.

Es en este sentido un enfrentamiento limitado, un modelo extremo de guerra asimétrica en el que el campo de batalla se ha visto reducido a sus términos mínimos. Su victoria sólo puede ser limitada e indirecta, esto es, obtenida como fruto de un proceso de negociación. De hecho no aspira a la derrota del oponente, ni siquiera a su desgaste sino a una imagen de ello. Su reducido número es apto para operar (el secreto obliga a ello) no para vencer; y además no tiene por sí solo capacidad ni intelectual ni humana para gestionar la victoria.

³ GLUCKSMANN, André. *El Discurso de la guerra*. Editorial Anagrama, Barcelona 1969, p.81.

El terrorismo es un fenómeno mediático que implica acciones tácticas llevadas a cabo para influir políticamente. Son actuaciones que superan el ámbito en que se llevan a cabo, su objeto. Su práctica encarna la propia de un publicista; un mensaje, el simbolismo y la cualidad de lo inesperado, la sorpresa, para atraer la atención del público objetivo, de sus distintos segmentos y audiencia. Es un teatro en permanente búsqueda de público, que sirve para poner luz sobre algunos debates y en el que las víctimas son cosificadas en pro de los objetos y símbolos a los que se ataca.

Decía Clausewitz que *“una batalla es una forma de sondear las fuerzas morales y físicas por medio de estas últimas,”*⁴ pues un atentado también lo es; o como Glucksmann apostilla *“por su realidad, la guerra es una prueba de fuerza, por su necesidad una prueba de sentido. Opone físicamente .fuerzas que no son jamás estrictamente físicas y materiales.”*⁵ Son acciones de un alto contenido simbólico con las cuales se pretende demostrar la capacidad del grupo, su decisión y representatividad.

Es una ficción de guerra en la medida en que el terrorismo presupone una ficción de poder. Por eso la valoración de un atentado debe hacerse en términos de impacto mediático primero y psíquico después. El maquiavelismo de la estrategia confunde fuerza con poder; sin embargo, tal valoración debe hacerse en términos globales como también midiendo la equivalencia entre política y estrategia, su coherencia y alineamiento. De poco bueno sirve la fuerza mal dirigida.

Además, la violencia, la fuerza, no es necesariamente el elemento esencial. En palabras de Glucksmann *“... La guerra es un choque de discursos, que no gana el mejor...sino el que abarca el campo de batalla. Triunfa el discurso más guerrero...la guerra no sólo establece las condiciones de toda comunicación: es en sí misma, comunicación.”*⁶

El terrorismo siempre actúa en representación de una base social más o menos extensa, que pretende confundirse con la sociedad en su conjunto. La población se convierte así en objeto

⁴ CLAUSEWITZ, Carl Von. De la guerra T.I. Opus citada, p. 343.

⁵ GLUCKSMANN, André. El Discurso de la guerra. Opus citada, p.81.

⁶ Ibidem, p.83.

y objetivo de la lucha; es una batalla por la legitimidad y su prolongación es prueba de su fracaso. El problema de los terroristas suele ser el equivocarse su capacidad real con el ruido que genera y perder la perspectiva real

La violencia puede ser inútil, equivocada, errónea según el plazo de tiempo para el que se diseñe o sí este se modifica, pero no resulta adecuado considerarla equivocada siempre. Puede ser útil para quien la genera pues la violencia es una forma de comunicación, profundamente mediática en una sociedad postmoderna, postheroica que rechaza la idea de muerte.

La cuestión es que no lo es siempre y cuanto más se prolonga, más lastre supone para su legitimidad. La prolongación de la violencia terrorista sin que este se transforme en un movimiento social vacuna a la sociedad frente al aventurerismo de nuevas empresas y emponzoña los fines pretendidos por los terroristas con la crueldad de la sangre derramada. Es la sangre de Dantón.

Para evitar esto se trata de disociar violencia del proyecto político situando este al margen al tiempo que incorpora sus réditos; por eso los grupos terroristas tienden a segregarse de los partidos políticos, movimientos de masas u organizaciones sociales de los que surgen. Por otra parte, el terrorismo es negación no construcción, razón por lo que debe formar parte de una estrategia más amplia, política, que incluye a otros con los que alcanza una simbiosis nunca explícita pero que a pocos se les escapa. Venus (la mujer del herrero Hefestos) y su amante Marte de la mano.

Sartre planteaba que *“cuando la violencia quiere hacerse reconocer, no puede hacerse reconocer más que por la violencia...la violencia lleva en ella su propia justificación, es decir, que reclama por su misma existencia el derecho de la violencia...la violencia es la alteración de la serie total de los medios y, por tanto del fin...la violencia no es un medio entre otros para alcanzar un fin, sino la elección deliberada del fin no importa porque medio.”*⁷

⁷ GARCÍA CANEIRO, José. La racionalidad de la guerra. Editorial Biblioteca Nueva, Madrid 2000., pp. 111 y ss.

Otro lugar común consiste en afirmar que los terroristas no tienen ética. Y no es cierto, tienen la suya. No son psicópatas; el terrorista precisa de una ética que le permita convivir con la violencia. Precisan encontrar de un espacio moral que la justifique haciéndose así irresponsable; su actuación se presenta no como un acto de su elección sino como una prolongación necesaria de las circunstancias. El terrorista en no pocas ocasiones se ve irresponsable, una extensión del brazo de la historia o de la religión.

Dar la vida por una causa es una manera de justificarla, pero tristemente también impacta, quien se muestra capaz de robársela, a otro demostrando su fe y compromiso que adquiere obrando de un modo tan implacable. Como decía Jefferson *“el árbol de la libertad debe vigorizarse de vez en cuando con la sangre de patriotas y tiranos.”* Un atentado suicida incorpora simultáneamente ambas, crimen y justicia; la catarsis triplica el impacto. No estamos ante la razón sino ante un proceso eminentemente emocional.

Con cada atentado pretende instruir una pedagogía que pasa primero por conmocionar a la sociedad para convocar a la audiencia y poder plantear sus debates. Fijar las reglas para su realización e imponer las palabras con las que ha de llevarse a cabo su desarrollo. La persistencia mediática tendrá un efecto multiplicador que trasladará a los hogares de un modo simple directo y reiterativo, cada atentado y los debates que lleva asociado. Las preguntas resultan un primer paso. De este modo lo inconcebible puede ser concebido, después aceptado y por último natural e inevitable.

El terrorismo es ofensiva, una actividad del espíritu, de voluntad, llevada a cabo por personas fuertemente motivadas; eso es precisamente lo que lo hace excepcionalmente peligroso. De los tres elementos de la trinidad de Clausewitz, la emocionalidad del pueblo se convierte en el factor crítico. La emocionalidad está ligada a la movilización. Su activación, encontrar el resorte que lo hace posible, es la clave de la victoria pues supone que terrorista y pueblo se confunden.

La actividad terrorista presupone un enfrentamiento entre diferentes modelos estratégicos y diferentes capacidades. Esto impide el isomorfismo de las estrategias militares expuesto por Clausewitz que hace que las partes tiendan a imitarse y a utilizar toda la fuerza a su

disposición; los terroristas no pueden acabar convertidos en soldados, sin que eso no implique la derrota del Estado toda vez que la batalla entre las partes es por la legitimidad. Igual cabe decir del supuesto en que los soldados se conviertan en terroristas. Por consiguiente la legitimidad se mantiene declinando la invitación. Ello supone una importante tensión tras cada atentado entre racionalidad y emocionalidad.

Los atentados pretenden no ser actividades aisladas, hilvanando unos a otros y concurrentes sobre el discurso del grupo terrorista que es el que dota de dirección y sentido a la violencia. La narrativa terrorista incorporaría acción, mensaje y causa. La narración ocupa su dimensión espiritual, es la espina dorsal que garantiza la conjunción de elementos materiales e inmateriales y es que al decir de Schelling *“se comunica mediante actos más que mediante palabras, o mediante actos que se añaden a las palabras y la acción se convierte en una forma de comunicación”*. El medio forma parte del mensaje.

3. EMOCIÓN, NARRATIVA Y VIOLENCIA.

El hombre no es lineal, es una realidad contradictoria, en arabesco. A mayor progreso, mayor contradicción interna. No cabe sólo una aproximación matemática a sus problemas; como algunos autores han documentado para el caso del radicalismo islámico, los líderes radicales tienden a disponer de una formación científica (médicos, ingenieros...) desde la que abordan y resuelven cuestiones sociales y humanísticas.

La separación griega entre cuerpo y espíritu no atiende a la naturaleza integral del ser humano, en el que lo racional y lo irracional resultan consustanciales e inseparables. En esta línea y aplicando esta metodología para entenderlo, el problema de Europa puede ser la falta de un bagaje emocional que se sume a la racionalidad de los beneficios de la Unión. No haber encontrado esos elementos emocionales o su insuficiente calado impide hablar aun de comunidad.

Todas las sociedades tienen historias sobre su pasado que no son reales toda vez que, teñidas de heroísmo y sufrimiento, incorporan una buena dosis de mito. Narrar es contar,

seducir, describir la realidad desde un punto de vista subjetivo; son emociones presentadas en términos racionales.

Una narrativa, un relato, un discurso, es una selección de hechos, realizada con una mayor o menor exactitud y libertad que conduce a un imaginario colectivo preestablecido. Lo admite todo en la medida que es un acto de creación, un acto de voluntad, que incorpora elementos racionales e irracionales predeterminados por la finalidad intuida. Es un puente entre lo tácito y lo explícito.⁸ Un mecanismo a través del cual se difunde el conocimiento y una “verdad”, al tiempo que se construye la identidad de un grupo. A fin de cuentas un elemento de socialización, generador y posibilitante en la medida en que cualquiera que asiste a su interpretación no es sólo público, sino que ocupa un lugar en el escenario como uno más de los actores, lo cual es la base de su efectividad.

Por eso no es inmutable en su forma, al contrario evoluciona y se adapta incorporando elementos del presente en la medida en que enlazan con su propuesta de futuro; unas propuestas por lo demás inconcretas en la medida que emocionales. La comunicación cambia para mantener inalterable el fondo sin aburrir y ser atractiva⁹. El aburrimiento es nefasto para la movilización.

Cualquier transmisión de información tiene cabida en el discurso, independientemente del medio empleado. Las nuevas tecnologías hacen que cada vez sea más fácil para las partes e incontrolado difundir su discurso, empleando para ello no uno, sino varios medios simultáneamente.¹⁰

El discurso modela y conforma el conflicto, mientras que el conflicto en correspondencia biunívoca, influye y condiciona el discurso. Uno y otro se relacionan de forma indisoluble, pues ambos son partes de un todo.¹¹ Y es que las narrativas importan en el ámbito político

⁸ LINDE, Charlotte. “*Narrative and social tacit knowledge*”

<http://cseweb.ucsd.edu/~goguen/courses/papers/linde-narr-tacit.pdf>

⁹ La narrativa también evoluciona, se reinventa, se adapta, y presenta el cambio como natural. Lo blanco se vuelve negro, lo negro verde, lo verde blanco, pero la narrativa lo presenta con coherencia, con naturalidad, con credibilidad. Los perseguidos son ahora perseguidores, los perseguidores, perseguidos, la victoria se transforma en derrota, y la alegría en sufrimiento. (PÉREZ NÚÑEZ, Pedro Antonio. “*La paz y el fin de las narrativas.*” Monografía del Curso de Estado Mayor, 2012.)

¹⁰ IBIDEM.

¹¹ IBIDEM.

ya que conforman las percepciones sobre las que se adoptan las decisiones: *"La política no responde a hechos, sino a percepciones, y éstas son en parte construidas a partir de esos relatos y narrativas."*¹²

Como sostiene la doctrina oficial norteamericana

*"El principal mecanismo para la difusión y absorción de ideologías es la narrativa. Una narrativa es un conjunto organizado de ideas expresado en forma de historia (cuento). Las narrativas son fundamentales para la representación de la identidad, particularmente de la identidad colectiva de grupos religiosos, nacionales y culturales. Las historias (cuentos) sobre la historia de una comunidad proporcionan modelos sobre como actos y consecuencias están relacionadas y a menudo son la base para el diseño de estrategias de actuación y para la interpretación de las intenciones de otros actores"*¹³

Una narrativa de violencia es así un conjunto hilvanado de ideas, que no es del todo falsa, pero sí incompleta; y no tiene que ser necesariamente violenta. Puede ser una ideología, una religión, la doctrina de una secta...pero siempre en una selección de hechos, puntos de referencia así como un equilibrio entre realidad y ficción.

Un atentado pretende atraer el foco sobre la narrativa, la dotarla de visibilidad, publicitar sus ideas. La narración intenta dotar a la violencia de sentido y dirección, de continuidad y permanencia que justificarían su para qué, haciendo que debate, mensaje y causa se encuentren interrelacionados e imbricados con aquella.

Decía Freud en su trabajo *"El malestar en la cultura"* que la violencia se ejerce, no tanto entre las grandes diferencias como sobre las diferencias menores, cuando es posible el reconocimiento pero no alteridad. Los grandes crímenes de la humanidad se han construido, no sobre los hechos, sino sobre narrativas, sobre fantasías justificatorias y exculpatorias; los pogromos, las persecuciones... Los judíos alemanes, los primeros en salir del gueto e integrarse en la sociedad, por un rasgo menor como era la religión, en Occidente perteneciente a la intimidad, pudieron ser separados de la sociedad primero y aniquilados después, gracias a la distancia psicológica generada por la diferencia.

¹² SANAHUJA, Jose Antonio. "El efecto Rashomon: aproximaciones al multilateralismo y la gobernanza global en el triángulo atlántico". Madrid: 2011.

¹³ MANUAL FM3.0 OPERATIONS. U.S. Army, 2008, apartado I 66.

En palabras de Ignatieff:

“el narcisismo de la diferencia menor consiste, pues, en la entrega a una fantasía colectiva que permite a los individuos amenazados o ansiosos evitar el esfuerzo de pensar por sí solos e incluso de pensar en sí mismos. De igual modo, la tolerancia dependerá de la capacidad para individualizar a los demás.”¹⁴

Y es que las narrativas no describen la realidad sino que la crean, generando un espacio que pretende ser ético, necesario para dar cabida a la violencia sectaria. La narración es así un producto *“de uso interno a pesar de sus pretensiones de universalidad, no vale más que para el campo que la defiende con el objeto de fortalecer su hostilidad respecto al campo adversario, que no acepta esta ideología o proclama otra”.*¹⁵

Se presentan como religiones seculares cuyas propuestas por reconcentradas sobre sí mismas, incluso podrían clasificarse de milenaristas. Es un poder, una herramienta de persuasión política más potente que los argumentos y que resulta muy difícil de desactivar. No son un hecho neutral, ni siquiera un hecho objetivo.

Además, cuentan con capacidad para reinterpretar los hechos e incluso a sí mismas, su racionalidad, con tal de mantener una coherencia emocional con los fines, lo ansiado, lo inamovible. La realidad, los hechos, se reinterpretan continuamente conforme a los fines. Son herramientas, instrumentos de movilización, se ha dicho, pero quien cabalga sobre ellas lo hace sobre un tigre, al que una vez puesto en marcha es muy difícil controlar.

Sí hay un elemento característico de las narrativas de violencia es la gestión de los silencios. El acento que pone sobre algunos aspectos y las sombras en las que sume a otros. Las narrativas llevan consigo la capacidad para identificar y ensalzar lo importante y su perspectiva, los hitos de construcción. Siempre eligen sus debates; lo que no pertenece a ella, no se discute sino que se obvia.

Se construye con un fin, y por tanto responde a unas expectativas. Su función es hacer coherente e inteligible la realidad, presentándola con una apariencia de racionalidad que en realidad es fruto de una intencionada simplificación. Crean un espacio que sirve para el

¹⁴ IGNATIEFF, Michael. El honor del guerrero. Editorial Taurus, Madrid 1999, p. 65.

¹⁵ FREUND, Julián. Sociología del conflicto. Ediciones Ejército, Madrid, 1995, p. 174.

desarrollo de una determinada percepción, que pretende parecer libre y no condicionada, aunque difícilmente lo consigue.

No generan un concepto estático sino abierto, discursivo, cuajado de diacronía sociocultural, que fusiona el ser y el devenir anímico particular con el propio de la agrupación, con la psicología y la historia¹⁶ que enlaza con la violencia. Una narrativa, en este sentido, puede encarnar una identidad depredadora.

Tal vez parezca un contrasentido, pero es así; las narrativas o el terror se presentan como racionales, pero no lo son. Son emocionales, y tratan de influir sobre las percepciones. Por eso es tan interesante lo que excluyen, pues de lo que se trata es de reforzar el discurso, el mensaje y la fuerza de la palabra. Y el discurso se refuerza, precisamente, omitiendo lo que lo debilita, ignorando aquello que resulte incoherente. Pero el ser humano es incoherente, no es un producto lineal. Y es que, citando a Freund:

*“la ideología no trata de saber si, por ejemplo, hay una contradicción entre el ideal de libertad y el de igualdad: excluye como enemigos a los que plantean una cuestión parecida... el deseo de exclusión es incluso un carácter típico de la ideología, pues ésta sienta plaza de criterio de verdad, una verdad aparente que se funda esencialmente en la disimulación de las dificultades o de las incompatibilidades teóricas y prácticas”.*¹⁷

La narración ideológica permite una aproximación omnicomprendiva al hecho del que pretende proporcionar una explicación y que rechaza – si no los promueve como dogmas – aquello que queda fuera de la lógica que construye, proporcionando al hombre las exactas referencias que precisa. Como sostiene Munkler *“la concentración en las fachadas ideológicas... satisfacía al mismo tiempo la necesidad de abarcar fácilmente con la vista el panorama y verlo con facilidad.”*¹⁸

Así se dirigen *“al sentimiento, incluso a la pasión y a la imaginación en pos de lo maravilloso. Encuentra su alimento en las grandes palabras y las grandes ideas con una connotación escatológica, tales como la libertad, la igualdad, la justicia, la felicidad o la paz, sin que jamás se precise el contenido de estos conceptos y sin que se especifiquen las condiciones de*

¹⁶ CONDE, Ana C. *“Los cíclopes de la Cultura. Cultura y guerra en Nietzsche”*. Opus citada.

¹⁷ FREUND, Julián. *Sociología del conflicto*. Opus citada, p. 174.

¹⁸ MÜNKLER, Herfried. *Viejas y nuevas guerras*. Siglo XXI de España Editores, Madrid 2002, p. 119.

su actualización, posible con la acción política y económica concreta e inmediata...no tiene nada de pensamiento individual y crítico formado por la duda y una información metódica.”¹⁹

En el mundo moderno, oponerse es mucho más sencillo que explicar las actuaciones propias. Su simplicidad, la reiteración machacona de su mensaje, le otorga una gran fuerza desde la perspectiva de la comunicación política mientras una escenificación tan indubitativa que permite incluso tomar la vida de otros cuando no sacrificar la propia, traslada un mensaje de convicción muy útil para la difusión de sus postulados y para hacer dudar al oponente ideológico.

Estas narrativas son victimistas, plantean unos orígenes míticos sobre la derrota al tiempo que crean un constructo esforzado y heroicos; perder para ganar al decir de San Pablo. La lectura que hacen de los hechos en su fondo es pesimista.

La verdad, un poco atractivo prosaísmo o un complejo conjunto de datos nada sugerentes; no son el criterio definitivo de valoración sino la emoción de una propuesta ilusionante por poco apegada a la realidad que pueda ser.

El resultado es un bucle melancólico, como lo denomina Juaristi²⁰, en la medida en que es incapaz de cerrarse sobre sí mismo y, perdida en el narcisismo, resolver su propia dinámica. Así sirven a desencadenan un proceso que no solventan, porque la resolución es racional mientras el planteamiento es emocional y no hay convergencia entre ambos planos.

Cuenta pues con los componentes de una idea dinámica, autorreferente y tautológica, que una vez puesta en marcha sirve para su autojustificación. El monstruo que se devora a sí mismo.

“el contenido del fin, aquello mismo en que la patria al fin conquistada consiste, no es sino la lucha que sirvió para conquistarla, el nombre, la memoria y la gloria de aquellas mismas batallas, de esas mismas hazañas que tenían como objeto de conquista el propio cofre que al fin no tiene otra cosa que ellas.”²¹

Por su distanciamiento de la realidad no puede resolver los problemas a los que atiende. Así, por ejemplo, se produce una transferencia de sacralidad - recaban para sí una fe cuasi

¹⁹ FREUND, Julián. Sociología del conflicto. Opus citada, p. 173.

²⁰ JUARISTI, Jon. El bucle melancólico. Espasa, 1998.

²¹ SÁNCHEZ FERLOSIO, Rafael. Sobre la guerra. Ediciones Destino, Barcelona 2007, p. 157.

religiosa - sin resolver el problema asociado a la trascendencia. Aquellas que reclaman procesos de independencia fracasan en no pocas ocasiones porque las independencias suponen en el mundo moderno, occidental y democrático, no tanto la liberación de un colectivo como a la amputación de una parte de su identidad. La construcción de una identidad no es un producto que se obtenga contra nadie sino como resultado de un complejo y largo proceso de evolución histórica y, desde luego, nunca de una coyuntura.

Esa incapacidad para la satisfacer los anhelos que encarna su planteamiento, y más si cabe cuando se utiliza la violencia, resulta un elemento crítico. La polarización y el pronunciamiento son obligados, tal es su pretensión; la indiferencia es sencillamente imposible y el fraccionamiento, la ruptura de la comunidad, difícilmente evitable. Paradójicamente, el grupo que se fractura es el grupo que sirve a la inspiración de este fenómeno.

Además, resultan difíciles de penetrar, son refractarias, en el sentido de que sólo consumen información de fuentes afines, una tendencia egocéntrica que puede acabar en el autismo y hacerlas perder por completo su contacto con la realidad. Y es que resulta muy difícil que acepten información, por válida que sea, que contradiga sus fines y supuestos. Son en este sentido autónomas y se sitúan dentro de ciertos límites al margen de la realidad convencional.

Sus fuentes son alternativas y ocupan todos los niveles; por ejemplo, en el ámbito académico según Juaristi²², cuentan con una base formada por una pléyade de intelectuales de segundo nivel que les prestan su apoyo. Es más, su reconocida naturaleza no científica – son historias no rigurosas argumentaciones - hace aun más difícil su crítica.

Es lo que Ignatieff, retomando una concepción freudiana, llama el narcisismo de la diferencia menor: *“la característica más acusada de la mirada narcisista...el narcisista no tiene interés por los demás, salvo en aquellos aspectos que le reflejan,”* la intolerancia no es así más que un sistema de referencia.²³

²² JUARISTI, Jon. El bucle melancólico. Opus citada, 1998.

²³ IGNATIEFF, Michael. El honor del guerrero. Opus citada, p. 55.

Con esta narración se busca el control mental del grupo, se crea una gigantesca fachada de la que nada puede escapar y todo lo llena; es una explicación irrefutable que elimina el pensamiento reflexivo y lo sustituye por una información procesada e impuesta a través de una lógica que presenta todo como si fuese natural. Así, si su propuesta se impone, un mero grupo ideológico se constituye en un movimiento social. Ese es su peligro: su capacidad para construir un imaginario y de convertirlo en patrimonio común y anhelado de un grupo social.

4. LA LUCHA CONTRA LA VIOLENCIA.

La violencia es un acto de provocación con el que se pretende la denuncia y el cambio de roles, lo cual no es relativamente difícil porque la lógica que impera en estos procesos no es la lineal, sino una lógica dialéctica, una lógica de transformación. En 1939 Hitler fue propuesto al Nobel de la paz y una relevante revista lo proclamó hombre del año.

Con la misma lógica, el violento se presenta como un héroe, amante de la paz que se ve inevitablemente compelido a la acción mientras que el Estado, del que ahora sólo se visualiza el ejercicio de sus atribuciones coercitivas, es presentado como un órgano represor. La violencia trabaja sobre efectos, la espiral acción-reacción o en formas más avanzadas sobre un formato de anillos de Warden, por efectos y derivadas.

No es poder, sino como ya se ha señalado, ficción de poder. Y al hilo de lo que sostiene, Hannah Arendt, *“el poder es superior a la violencia, ya que por muchos instrumentos de que se disponga si la población no da su asentimiento, no hay dominación posible. Cuando se habla de la eficacia de los terroristas, se olvida que esa eficacia tiene mucho de falta de poder de los demás. El factor decisivo es la pérdida de poder del Estado no la violencia.”*

Además la democracia tiene la debilidad de que su origen en no pocas ocasiones se asienta sobre la lucha armada contra el orden previamente establecido, con lo que puede que haya en algún momento una cierta comprensión con quienes así se conducen, e incluso un deseo de darle voz ya que la democracia en tanto que sistema de articulación de conflictos, siempre busca acoger a todos, aun a aquellos que se alzan contra ella.

La respuesta del Estado de Derecho, siempre tasada y lenta, se presenta como incompetente e ineficaz. Porque la utilización de la fuerza en este es residual y reactiva; la prevención tiene estrictos límites. Pero su fuerza y su legitimidad, sino se pone en riesgo, es a la larga incontestable. El Estado sí puede permitirse perder para ganar.

Para derrotar a este enemigo lo primero que procede preguntarse, desde una óptica clausewitziana, cuál es su centro de gravedad. Claramente, no son sus capacidades militares u operativas pues son escasas. Queda claro que no pretende tanto destruir como provocar, provocar una reacción equívoca para poder cuestionar la legitimidad de la otra parte y alimentar su discurso mientras debilita el del oponente.

Simultáneamente, expande el marco del conflicto hasta un espacio en que se diluyan las fuerzas, al tiempo que la distancia le permite separarse de los sucesos más truculentos e impide desde fuera la visión explícita de la sangre que queda reducida a meras estadísticas que ignoran su efecto aterrador y coercitivo; y lo que es peor aún, su capacidad para imponer subrepticamente la verdad.

Así por ejemplo, Fukuyama²⁴ relata el caso de un carnicero que colgaba en su tienda el letrero "*prohibida la entrada a perros y judíos*" con el que escenificaba su adhesión "*voluntaria*" al régimen, a la narrativa dominante, se declaraba miembro de la comunidad, se identificaba con sus fines y pedía a sus conciudadanos que compraran en el local.

Como prolongación de este razonamiento la denominada guerra sucia resulta totalmente equívoca en una democracia cuya legitimidad radica en el consenso de una comunidad que se somete a las normas por ella misma aprobadas. Cosa distinta puede ser en una dictadura cuya fuente de legitimidad sólo puede radicar en la utilización eficaz del poder, cuando no en la fuerza.

Por ello el fracaso de la guerra sucia en democracia obedece a tres razones. En primer lugar la guerra sucia pervierte la célebre ecuación de Clausewitz al suponer la subordinación de la política a la táctica, lo que resulta gravísimo; aun es más, en este envite no se resuelve el

²⁴ FUKUYAMA, Francis. El fin de la historia y el último hombre. Editorial Planeta, Barcelona 1992.

problema porque el centro de gravedad del grupo violento no son las personas que lo forman sino el discurso que apoyan mediante su actividad armada. Con lo que la guerra sucia, sin tener opciones reales de resolver el problema, está poniendo en riesgo lo que es su principal baza que es la legitimidad del Estado y el no reconocimiento del grupo violento como parte. El violento en tanto que fuera de la ley es sujeto de esta; cualquier otra acción diferente o excepcional modifica su clasificación, cambia su estatus y realimenta su discurso.

Los excesos en la lucha no pueden ser asumidos por una democracia. Con ello y siguiendo la dialéctica clausewitziana se está igualando peligrosamente a las partes, sin conseguir nada a cambio y con menoscabo interno y externo del Estado, de su legitimidad y de su discurso; en un marco en el que, para algunos, sin ver la sangre por lejana, y hagan lo que hagan, los débiles siempre suscitan simpatías.

De todo lo anterior cabe concluir que el problema no es propiamente de seguridad (aunque el arresto de los violentos es un paso adelante en la dirección correcta, como parte de una estrategia de contención) – el problema está resuelto de antemano, la clave no es ganar el conflicto, sino ganar la paz -, sino principalmente político. Y el Estado social y democrático de Derecho, es un valor crítico a preservar, la piedra angular del discurso propio. Es imperativo resistirse a los cantos de sirena de la guerra sucia voluntariamente encadenados al mástil del Estado de Derecho.

El elemento decisivo en toda confrontación es la voluntad. Se está derrotado cuando se acepta este hecho y nunca antes. Vencer es convencer sobre la inutilidad de continuar la lucha y su justicia. Surge la duda, ¿Qué debería hacerse cuando el enemigo que debiera rendirse no lo hace? Muy sencillo, convencerle; vencer con él. Y eso no es una tarea exclusivamente de la fuerza, por más que ayude.

La lucha contra la violencia es una lucha entre narrativas que es imprescindible ganar. A fin de cuentas el terrorismo es una narrativa sangrienta. El campo de batalla coincide con su objetivo: la población.

Por consiguiente, para enfrentarla a nivel estratégico y político debe existir en primer lugar un discurso propio, no completamente ajeno al de la contraparte, pero sí con un

fundamento específico y vida autónoma que tenga bien presente la situación final deseada para poder conseguir el alineamiento de los objetivos y de las acciones.

No disponer de él supone el desencaje de los planos táctico, operacional y político, con lo que poco puede lograrse. No caben estrategias de corte reactivo (es una *contradictio in terminis*), y deben formar parte de una cuerda más amplia que incluya lo operacional y lo político.

Este discurso propio no debe, no precisa, entrar en confrontación. Debe ser un discurso mejor, una oferta que sea capaz de asumir, en todo o en parte, la narrativa de los otros y disolver en ella sus demandas. La democracia se muestra así como una de las claves para conseguirlo pues tal es su función. A la vez debe actuar como un aglutinante de su grupo social propio para que este recupere su estimación y orgullo afectado por el cuestionamiento que se le hace y la siempre aparente ineficacia del Estado de Derecho; sin este elemento no cabe la victoria que es, en todo o en parte, una materia emocional y de percepción.

Hitler decía que *“los partidos políticos se prestan a compromisos; las concepciones ideológicas jamás”*²⁵ La razón es sencilla: Sí una ideología hace concesiones se desmonta, se desarticulan las líneas de pensamiento que sostiene, pierde su conexión con la razón y desarbola el imaginario deseado. La solución entonces pasa por una pedagogía mediática que obligue a tomar en consideración todo aquello que la narrativa sistemáticamente excluye y presente a las víctimas como lo que son, seres humanos, obligando a quienes apoyan tales acciones a asumir su responsabilidad por el daño humano generado, devolviendo el dolor al espacio social que lo produce, esto es, contrasocializando el dolor. Sin narrativa la violencia se transforma en un fenómeno irracional y ditirámico.

Acabar con la violencia es un primer paso; pero es imprescindible terminar también con la narrativa ideológica, neutralizar sus símbolos movilizados en la medida en que generan una violencia estructural, haciendo que asuman su absurdo para que no se pueda en el

²⁵ GRUNDY, Kenneth W. et al. Las ideologías de la violencia., Editorial Tecnos, Madrid 1976, p. 58.

futuro recabar esa sangre, desde la distancia y el olvido del hecho humano, como una nueva legitimidad fundacional.

Es imprescindible repetir la propia historia como sí de un mantra se tratara, crear una narrativa inclusiva que tenga bien presente que la población es el objeto y objetivo de la lucha. Aunque los hechos humanos no tienen una respuesta sencilla que, además, no siempre es la misma: depende de la sociedad y el momento.

5. VIOLENCIA Y PAZ.

En el siglo XXI la palabra paz es un tótem ante el que es preciso transitar e incluso prosternarse, cuando tiene un significado muy impreciso, vacío, y que conviene rellenar para que realmente signifique algo. Es un término tan manido que puede haberse convertido en un lugar común para no significar realmente nada. De hecho su uso es falaz porque mediante él los ideólogos violentos trasladan el debate a su imaginario, elevan de categoría sus muertes, se constituyen en un movimiento y convierten su narrativa en un conflicto

Aun diría más, la paz se ha transformado en objeto de confrontación porque el que se adueñe de la palabra asociándola a su proyecto político ha alcanzado la victoria. Así Glucksmann decía que *“un conquistador es un amigo de la paz”*²⁶ porque pasa de una actitud activa a otra reactiva y, a fin de cuentas, la paz que propone no es otra cosa que la consolidación de su victoria.

Guerra y paz son, parafraseando a Clausewitz dos instrumentos de la política entre los que existe una contradicción dialéctica, no hay guerra sin paz ni viceversa. El fin político de toda guerra es la paz, entendiendo esta como la situación política generada tras un conflicto. Al decir de Glucksmann: *“la cordura positiva de la guerra anima su cordura negativa, se hace la guerra solo porque se piensa en poder terminarla.”*²⁷ Sí el conflicto es una actividad del espíritu, la paz lo es de la razón; sí la emoción llama a proseguir la lucha, la razón llama a terminar con ella.

²⁶ GLUCKSMANN, André. “El Discurso de la guerra.” Opus citada, p. 18.

²⁷ IBIDEM, p.37.

En los conflictos del siglo XXI, la sustitución de la victoria por la paz, se convierte en prueba de la pérdida de autonomía de la guerra. La guerra en cuanto deja de ser independiente, y en su nivel de abstracción más alto, hace que sea complementaria y no opuesta a la paz en la que se aúnan medio y fin.

La paz pertenece así a la política mientras la victoria implicaría el logro de los objetivos militares. No hay una exacta correlación entre victoria y paz (bien lo recuerda la guerra de Argelia) aunque la parte vencedora siempre trate de construir la paz desde su victoria, lo que por otra parte, puede convertir a la paz en una continuación de la guerra por otros medios.

La palabra paz tiene la misma raíz que la palabra pacto y supone una transacción entre distintos planos. La diferenciación entre la victoria y la paz, es imprescindible para el tránsito final de los conflictos. Otro tanto sucede con la justicia que, contra el dictado de Kant,²⁸ la experiencia muestra que, al igual que la verdad, queda subordinada a la política y al vencedor. Los absolutos no pertenecen a lo humano como bien recuerda la justicia transaccional que no resulta de aplicación a la actividad grupos violentos en sociedades democráticas, sino en crímenes de masas y siempre desde la condena de las ideologías que lo han posibilitado y de sus principales responsables.

El ser humano es una realidad integral y no cabe un deslinde entre fines y medios, ni siquiera como ejercicio intelectual; la muerte no es recuperable y la responsabilidad no es reversible. La violencia simbólica acaba por teñir de sangre sus propios símbolos. El discurso de las partes no puede ser equiparado no sólo porque es un riesgo inaceptable sino porque resulta una imperdonable e injusta deslegitimación de la propia causa y hasta de la democracia como concepto; la legitimidad de la paz, su marco ideológico, es la justicia.

Una postura es un concepto estático que no se puede pretender aplicar a un fenómeno diverso y dinámico por lo que quizá lo que conviniera adoptarse es “*la actitud de la no-actitud*” con la que se responde proporcionalmente en cada caso siguiendo de un modo reflejo los principios axiológicos que han permitido la conformación doctrinal de Occidente y que, como el agua, son adaptados a cada situación pero sin variar su esencia

²⁸ “*Fiat iustitia, ruat caelum*”, *hágase justicia aunque se hunda el cielo*.

Evaluar democráticamente las demandas de los violentos y respetar las reglas propias, sin dar otra respuesta que las previstas en unas leyes aprobadas por el pueblo soberano y refrendadas por la comunidad internacional. No contestar a su estrategia de provocación, escapar a la lógica de acción reacción, puede ser muy doloroso y esforzado, pero también es no seguirles el juego e incorporarles a la delincuencia común. Ancha es Castilla. Sin considerar a los violentos se puede perder pero al final se gana.

La respuesta debe pasar también por una pedagogía realizada sobre un discurso integrador que ofrezca una comunidad y justicia al tiempo que se dejan en evidencia las inconsecuencias de su constructo, sus saltos argumentales y su falta de propuestas en aquellos aspectos en que no existan, y el futuro que plantean, la situación final deseada, en aquellos campos en que así sea, distinguiendo los hechos de la narrativa y poniendo en valor todo aquello que estas dejan fuera.

La batalla es emocional no racional. Los hechos son sólo importantes por su impacto en el plano psicológico. La verdad no es relevante, la emoción es el hecho decisivo, aunque eso sólo es cierto para ellos.

Reza el Corán *“matar a un hombre inocente es matar a toda la humanidad. Para salvar a un hombre, hay que salvar a toda la humanidad”*, no hay nada que lo justifique y mucho menos en un democracia donde todas las opiniones pueden defenderse a través de la palabra. Siempre habrá porvenir para el hombre pacífico.

*Federico Aznar Fernández-Montesinos
Analista del IEEE*